

Altos y bajos fondos porteños y “El crimen de la mosca azul”. Ciencia, pseudociencias y ocultismo en relatos tardíos del policial argentino temprano



Martina Guevara

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad de Buenos Aires - Universidad Pedagógica Nacional, Argentina.

guevaramartina@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-3108-174X>

Andrea Vilariño

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina.

vilarinoandreadiana@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0001-8518-1909>

Fecha de recepción: 09/10/2024. Fecha de aceptación: 11/11/2024.

Resumen

Entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, se consolida un imaginario en el que convergen la cultura científica del período y las ideas provenientes de las pseudociencias y los espiritismos, en auge en ese momento. Este imaginario se expresó especialmente a través de la denominada fantasía científica (Gasparini, 2012; Quereilhac, 2016) y permeó algunas de las producciones del policial temprano, en especial, los relatos de Eduardo Holmberg, construidos a partir de la hibridación entre ambos géneros. En este trabajo, nos proponemos analizar una serie de narraciones que establecen continuidades y rupturas con esta tradición al inicio del siglo XX. Nos referimos a algunos de los cuentos de la saga Altos y bajos fondos porteños (1911-1912), de Pablo Daronel, y “El crimen de la mosca azul”, de Enrique R. Lavalle. Dichas ficciones reelaboran tópicos y motivos de la fantasía científica y, a la vez que amplían temas y propician otras fórmulas narrativas para el género, se distancian de sus antecesores decimonónicos, mediante la inclusión de elementos paródicos y rupturas del verosímil.

Palabras clave: literatura policial argentina; entresiglos (XIX-XX); ciencia; pseudociencia; ocultismo.



Altos y bajos fondos porteños and “El crimen de la mosca azul”. Science, Pseudoscience and Occultism in Late Stories of Early Detective Fiction in Argentina

Abstract

Between the last decades of the nineteenth century and the first decades of the twentieth century, the scientific culture of the period intersected with ideas coming from pseudosciences and spiritisms—then at the height of their popularity—to shape an imaginary. This imaginary was mainly expressed through the so-called scientific fantasy (Gasparini, 2012; Quereilhac, 2016) and permeated some of the productions of the early detective fiction, especially Eduardo Holmberg’s stories, which were built on the hybridization between both genres. This paper examines a number of early twentieth-century stories that show both continuities with and departures from this tradition. Specifically, we will focus on some of the stories included in the saga *Altos y bajos fondos porteños* (1911-1912), by Pablo Daronel, and on “El crimen de la mosca azul”, by Enrique R. Lavalle. These fictions rework topics and motifs of scientific fantasy and, while expanding themes and promoting different narrative formulas for the genre, they distance themselves from their nineteenth-century predecessors by including parodic elements and breaches on plausibility.

Keywords: Argentinian detective fiction; turn of the twentieth century; science; pseudoscience; occultism.

1. Cultura científica y pseudociencias en la Buenos Aires de entresiglos

Hacia fines del siglo XIX, comienza a construirse un imaginario en el que convergen la cultura científica argentina del período con una serie de manifestaciones que se inscriben en el campo de las pseudociencias y el ocultismo. En esta etapa, que se extenderá hasta las primeras décadas del siglo XX, la curiosidad por los avances científicos y tecnológicos que se desarrollaban a nivel mundial coincidió con el auge de ideas vinculadas al espiritismo, la teosofía, el magnetismo, la telepatía, la hipnosis y la sugestión.

En relación con estas últimas, por ejemplo, las investigaciones sobre hipnosis y sugestión que provenían de centros hospitalarios prestigiosos de Europa suscitaron, en nuestro país, el interés de una serie de científicos—especialmente médicos y alienistas— como Bartolomé Novaro, Gregorio Rebas e, incluso, José María Ramos Mejía. De ahí que desde la década de 1880 se implementaran tratamientos utilizando estas terapias en diversos hospitales de la ciudad de Buenos Aires.¹ No obstante, estos científicos no eran los únicos abocados a la experimentación con la hipnosis. Al contrario, se trataba de un campo disputado también por ilusionistas, espiritistas y curanderos. Buenos Aires es una de las capitales donde el ocultismo alcanzó su apogeo (Rodríguez Pérsico, 2008). La llegada, a comienzos de la década de 1890, de Alberto Scigaluppi, quien se presentaba como conde de Das, doctor en medicina y maestro en ciencias ocultas,² generó un fuerte impacto en la sociedad porteña de la época. Scigaluppi brindaba charlas y demostraciones a las que concurrían, además de curiosos, “médicos, ingenieros, abogados, diplomáticos y marinos” (Vallejo, 2016). Este personaje singular no solo instala un “Gabinete Hipnoterápico”, el primer consultorio

¹ Desde la década de 1880 hasta comienzos de la siguiente, se produce un avance en el terreno de la hipnosis en el ambiente médico porteño. Tal como observa Mauro Vallejo (2014; 2015; 2016), estos avances pueden ser rastreados en tesis como las de Eliseo Luque (1886) y Salustiano Arévalo (1888) o en libros como *Maravillas del hipnotismo o estudio experimental del sueño* (1886), de George Borda, primer tratado sobre el hipnotismo publicado en nuestro país.

² En realidad, se trataba de un personaje con un amplio prontuario policial en ciudades de Europa. Además, había sido expulsado de la Sociedad Teosófica de Barcelona y, años más tarde, también lo sería de la de Buenos Aires (Quereilhac, 2016; Vallejo, 2016).

de hipnosis radicado en la ciudad, sino que, además, introdujo al país la Teosofía, corriente que se propagó a través de revistas como *Philadelphia*³ y *La Verdad*.

Las sociedades teosóficas convivían con otras no menos conocidas como las vinculadas al espiritismo. Esta corriente se agrupaba en torno de la Sociedad Constancia, que edita, a partir de 1876, la revista *La revelación*. Para 1885 había ocho centros espiritistas en la Capital Federal, cinco en la provincia de Buenos Aires y ocho en el resto del país (Gasparini, 2012). A comienzos de la década de 1890, y gracias al impulso de Cosme Mariño, la doctrina se difundió en diversos teatros de Buenos Aires. A estas dos tendencias se sumó la de la magnetología, que, en 1896, tuvo su propia sociedad en la que participaron algunos de los miembros de Constancia. Contaba, asimismo, con una publicación mensual, la *Revista Magnetológica*.

Estas ideas permearon vertiginosamente a la prensa de entresiglos, que ponía a disposición de un público masivo un lenguaje repleto de conceptos como fuerza, luz, vibraciones, fluidos, éter, entre otros. La prensa publicaba avisos de consultorios de magnetizadores, hipnotistas y espiritistas que atendían en la ciudad, a la vez que se hacía eco de los avances científicos y tecnológicos provenientes de diversas regiones del mundo. Soledad Quereilhac da cuenta de la profusa relación —y no exenta de tensiones— entre la cultura científica y el amplio campo de las pseudociencias. La divulgación periodística de temas científicos y la propagación de publicaciones vinculadas a “los espiritualismos con ambiciones científicas (espiritismo, teosofía y magnetología)” (Quereilhac, 2016, p. 15) configuraron un terreno poroso en el que se produjeron múltiples cruces, préstamos y apropiaciones. Esto permitió la expansión de un imaginario construido en torno de las posibilidades de la ciencia que dio lugar a temas y tópicos de los que se nutría la misma prensa.

Estos cruces, que delinearon una percepción singular de “lo científico”, se expresaban a través de discursos heterogéneos y mostraban, en términos de Quereilhac, una estructura del sentir (Williams, 2009) marcada por una predisposición a creer que lo sobrenatural podía ser explicado gracias al conocimiento secular de la realidad. En este sentido, los discursos de las pseudociencias constituyeron “una manifestación crítica pero no negadora del valor de la ciencia como forma del conocimiento del mundo” y, especialmente, “fueron una de las expresiones más utópicas del siglo acerca de cuán lejos podría llegar la capacidad humana del conocimiento”, que, de esta manera, adquiriría la facultad de develar, incluso, los misterios que durante siglos se adjudicaron al “más allá” (Quereilhac, 2016, p. 17). Desde esta perspectiva, la ciencia posibilitaba ofrecer renovadas explicaciones a realidades ocultas, dimensiones paralelas o entidades suprasensibles apropiándose de conceptos como los de fuerza, luz, radiación o energía.⁴

Este imaginario, cuyo auge fue en entresiglos, comenzó a declinar pasadas las primeras décadas del siglo XX. Los postulados pseudocientíficos ya no contaron con el favor de científicos de renombre y las críticas comienzan a incrementarse.⁵

³ Es interesante mencionar que Leopoldo Lugones colaboró con dicha revista.

⁴ Al respecto, Beatriz Sarlo afirma: “No hay razón para no creer que todo puede ser posible: la rapidez con que ciertas modificaciones técnicas se incorporan en el horizonte de la vida cotidiana refuerza la idea del milagro que inspira metáforas bien conocidas: el milagro de la electricidad, el milagro de la radio, el milagro del cine... Se trata de lo ‘maravilloso moderno’, un paisaje cultural donde toda promesa puede realizarse. La radio y la telegrafía sin hilos demuestran espectacularmente que se han superado los obstáculos de la materia y se ha abierto una época donde las percepciones no están sujetas al límite corporal de los sentidos, ni al límite ficticio de las extensiones (anteojos, lupas, telescopios, etc.); cuando sonidos e imágenes se difunden por conductos invisibles e inmateriales, todo un sistema de equivalencias puede edificarse a propósito de otras transmisiones y recepciones a distancia” (Sarlo, 1992, pp. 135-136).

⁵ Un ejemplo de esto podría ser el artículo de Roberto Arlt “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires”, publicado en 1920. Un texto que, en términos de Beatriz Sarlo (1992), trasunta una cierta ambigüedad que discurre entre la fascinación y la denuncia.

No obstante, antes de esta declinación es indudable que este imaginario dejó su impronta en la literatura del período.

2. Pseudociencias y policial

La imaginación científica del período estuvo atravesada por estas ideas y discursos que circulaban en ámbitos de especialistas y profanos. Como advierte Mauro Vallejo, las ficciones de Eduardo Holmberg y Leopoldo Lugones, así como las de Atilio Chiappori y Horacio Quiroga, “en las que proliferan las referencias a científicos que entregan su vida a especulaciones sobre lo paranormal, entablan un diálogo apenas velado con realidades bien concretas de la Buenos Aires de fines de siglo y con interrogantes teóricos de sus habitantes más cultos” (2016, pp. 114-115). La mayor parte de estas producciones se inscriben en la denominada fantasía científica.

Para Sandra Gasparini (2012), la fantasía científica local se instaló en el momento de transición entre la anomalía que desafía el conocimiento científico y su posible normalización. Por eso, resultó “una forma literaria apropiada tanto para discutir un nuevo paradigma científico como para bosquejar el perfil de sus voceros y artífices locales” (Gasparini, 2012, p. 89). Su voluntad crítica, característica propiamente local, se nutrió de la puesta en cuestión de la infalibilidad del método científico en los debates del período en la prensa. *Dos partidos en lucha*, de Eduardo L. Holmberg, publicado en 1875, es, para Gasparini, la primera fantasía científica argentina. En esta *nouvelle*, un naturalista logra, gracias a una traducción de una carta de Bonpland y la combinación de nigromancia y alquimia, “resucitar” una planta: “la ‘resurrección’ de la sensitiva, que evoca la ‘palingenesia de las plantas’ [...] combina los pasos del método experimental con la iluminación de la magia, de lo revelado a unos pocos” (Gasparini, 2012, p. 96). La metodología empleada por este personaje lo vuelve una figura transicional entre conocimientos consagrados y los que buscan su valoración científica.

Soledad Quereilhac (2016), por su parte, también ha caracterizado de manera exhaustiva esta modalidad del fantástico rioplatense, que participa de la imaginación científica propia de la cultura de entresiglos. Se trata de ficciones que, inscriptas dentro de lo fantástico, “construyen sus casos sobrenaturales o anormales sobre la base de la inseparable hibridación de la ciencia con los ocultismos, de lo material con lo espiritual y, por sobre todo, se nutren del heterogéneo, laxo e inestable imaginario de lo científico vulgarizado” (Quereilhac, 2016, p. 162). En este cruce, reelaboran, en términos de la autora, la sensibilidad de la época en relación con la maravilla-secular moderna. A partir de la categoría de *ideologema* de Jameson (1989), advierte que estos relatos resolvieron simbólicamente la relación conflictiva entre ciencia y espíritu presente en el plano no literario. En este sentido, señala: “Aquello que en otros campos de la cultura del período se presentaba de manera polémica, utópica o, a lo sumo, como hipótesis aún inverificables, en la literatura fantástica aparecía representado bajo el ideologema de lo material-espiritual *verificado, indisoluble, real*” (2016, p. 164). En una línea diferente al estadio liminal que, para Gasparini, caracteriza las fantasías científicas, para Quereilhac, estas ficciones recuperan un acontecimiento de síntesis espiritual-material que es sometido a diversos modos de verificación empírica, a través de la cual era factible develar lo oculto y explicar lo misterioso.

Ya sea como estado de cuestionamiento y transición de los nuevos saberes hacia su posible institucionalización o como síntesis espiritual-material, el cruce entre ciencia y pseudociencia se puede observar también en el género policial. Entre las primeras y más importantes manifestaciones del género en la Argentina se encuentran “La bolsa de huesos”, “La casa endiablada” y “Nelly”, también de Holmberg. Estos tres textos

ensayan, para Gasparini, “los primeros pasos del policial argentino” (2012, p. 152), mientras que, para Román Setton, constituyen una trilogía y pueden catalogarse como “narraciones policiales fantásticas” (2014a, p. 583). Publicados en 1896, coinciden en la vinculación entre el enigma a resolver y las presencias de fenómenos que parecen alejarse del paradigma científico racional. Si bien, como venimos observando, en la vinculación que la literatura traza con la pseudociencia no se producen antinomias tajantes entre lo sobrenatural y lo natural, Gasparini advierte en estas tres obras un “particular trabajo con el saber científico acreditado, que aparece socavado por el pseudocientífico” (2012, p. 160). En una apreciación similar, Setton reconoce un *in crescendo* entre los tres relatos respecto de la desconfianza en el saber científico institucionalizado y de la apertura hacia nuevos paradigmas de conocimiento:

Ya en “La bolsa de huesos” [Holmberg] supo mostrar las limitaciones de las ciencias oficiales, universitarias, y sus paradigmas; en “La casa endiablada” asistimos a las explicaciones de los misterios por vías sobrenaturales, que coexisten con esclarecimientos lógicos propios del policial. En el último texto de esta suerte de trilogía, todas las explicaciones escapan a los límites estrechos de la razón. (2014a, p. 589)

Para Gasparini, “Nelly”, aun dejando “grietas por las que se filtra lo extraño” (2012, p. 160), ensaya “una explicación racional de los hechos consecuente con la campaña de Holmberg contra la superstición” (2012, p. 160). Más allá de sus diferencias, ambas interpretaciones críticas coinciden en un cambio en los modos en los que el imaginario científico se desarrolla en las ficciones a medida que se acerca el cambio de siglo.

Guiadas por estas miradas que advierten las transiciones de ‘lo científico’ en la literatura, nos proponemos, en este artículo, rastrear tópicos y temas de este imaginario en la literatura policial de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. La propuesta busca, por un lado, ampliar y precisar el corpus del género en un período cuyos autores han sido reiteradamente relegados al lugar de precursores⁶ y, por el otro, encontrar nuevos matices en la forma en que el saber científico y el pseudocientífico interactúan en este tipo de literatura. Dadas la difusión de estos saberes en la prensa periódica y la masificación del policial también en este tipo de publicaciones masivas cuya narrativa “está profundamente marcada por su relación con el soporte” (Gasparini, 2012, p. 31), elegimos dos casos divulgados en revistas de gran tirada. En primer lugar, analizaremos la saga Altos y bajos fondos porteños, de Pablo Daronel: una serie compuesta por dieciocho relatos que se publicaron en la revista *Sherlock Holmes* entre 1911 y 1912. *Sherlock Holmes* fue un semanario que irrumpió en el mercado editorial en las primeras décadas del siglo XX con una propuesta orientada casi exclusivamente a “lo policial” (Albornoz, 2016; Caimari, 2018). Inició su recorrido con una tirada de 50 000 ejemplares, que se incrementarán hasta llegar (de acuerdo con datos de la propia revista) a los 80 000. A través de sus páginas circularon principalmente crónicas y ficciones policiales tanto nacionales como extranjeras. En segundo lugar, nos focalizaremos en “El crimen de la mosca azul. Romance científico-policial” de Enrique

⁶ Como ha planteado Setton (2012), dicha situación se debe a dos cuestiones centrales: el seguimiento por parte de los especialistas de ciertas concepciones canónicas respecto del origen del género hasta avanzado el siglo XX y la dificultad para acceder a las fuentes —diarios y revistas— en las que se publica la mayor parte de la producción de esa etapa. En relación con la primera, en general, los estudios sobre literatura policial argentina situaron sus comienzos hacia 1940, con los relatos de Jorge Luis Borges y el grupo de escritores reunidos en torno a la revista *Sur* (Adolfo Bioy Casares, Manuel Peyrou, Leonardo Castellani, entre otros). La operación fundacional del género fue realizada por Rodolfo Walsh en 1953 y aceptada desde entonces por los críticos que le sucedieron: Yates (1960), Bajaría (1964), Lafforgue y Rivera (1977, 1996) y Lagmanovich (2007). Dicha operación permite, por un lado, soslayar a los autores anteriores a la década del cuarenta y relegarlos al sitio de “antecedentes y precursores”; y, por otro, exaltar un modelo canónico para el género basado en el paradigma propuesto por la novela-problema por sobre las vertientes del policial más ligadas al folletín. Si bien estas cuestiones han sido saldadas en los últimos años (Néstor Ponce [1997, 2001]; Sonia Mattalía [2008]; Horacio Campodónico [2004]; Román Setton [2012, 2013, 2014a, 2014b, 2015, 2016]; Gerardo Pignatiello [2012]; María Laura Pérez [2016]; Andrea Vilarino [2020]; Martina Guevara [2022]; Guevara y Vilarino [2023]), aún falta revisar una porción importante de la producción del género.

Richard Lavalle publicado en *La Novela Semanal*, “la primera y la más exitosa” de las novelas semanales argentinas entre 1917 y 1926 (Pierini, 2004, p. 23), con una tirada que alcanzaba los 100 000 ejemplares por semana (Campodónico, 2004), y en la que el género policial ocupaba un lugar de privilegio (Pierini, 2004; Campodónico, 2004). Estas narraciones permiten pensarse como una continuidad de los relatos de Eduardo Holmberg elaborados a partir de la hibridación entre policial y fantasía científica. Sin embargo, es posible advertir en ellas cierto tono paródico que señala una toma de distancia respecto de los postulados en los que se asientan los cuentos de Holmberg. En el caso de las ficciones de Daronel, este tono es menos marcado, ya que el propio detective protagonista conjuga por su origen gitano dos tipos de saberes en principio contradictorios, pero se acentúa en la narración de Lavalle. Esto da cuenta de que, al menos dentro del policial, la ficción ya no se presenta como el espacio en que se resuelven plenamente, de manera simbólica, las tensiones entre ciencia y espíritu, como lo había hecho la literatura finisecular, ni tampoco se posiciona de manera cabal en una perspectiva crítica respecto del materialismo positivista, como en la producción más tardía de Holmberg. En “El crimen de la mosca azul”, además, la resolución coral del crimen fragmenta los puntos de vista respecto del valor de las ciencias y las pseudociencias al punto de desestabilizar, también, la estructura del género policial.

3. Altos y bajos fondos porteños

El 25 de julio de 1911 comienza a publicarse, en el semanario *Sherlock Holmes*, Altos y bajos fondos porteños, una serie de relatos policiales firmados por Pablo Daronel y protagonizados por dos detectives: Derutieres y su ayudante, Sweet. En el primer episodio de la saga, estos detectives son contratados por un acaudalado empresario porteño, de nombre Amorena, para llevar a cabo diversas investigaciones. La propuesta se origina en la necesidad del empresario de superar su aburrimiento, ya que se encuentra “cansado de las carreras, mujeres a la moda, yachting, vocación, etc.” (“Las misas negras” n° 4, p. 21) y decide practicar un nuevo “sport”: el de la pesquisa. A partir de allí, estos “sportman detectives”, como se denominan a sí mismos, se dedicarán a develar una serie de misterios, algunos de los cuales tienen como escenario la Buenos Aires del Centenario.

El detective de estas historias, Derutieres, es un personaje que participa de algunos de los rasgos prototípicos de los detectives clásicos del género como Dupin, Holmes o Lecoq: una extraordinaria capacidad deductiva y de observación, maestría en el disfraz, conocimientos científico-técnicos propios de las ciencias empíricas, destreza física y afinidad con la figura del artista. Francés de origen, porteño por adopción, ha convivido con la comunidad gitana y es reconocido como parte de ella. Este origen le otorga al personaje un halo de misterio que lo convierte en “raro”: “Tanto el juez como los compañeros de Derutieres tenían la impaciencia de conocer la opinión de tan raro detective” (“Un crimen científico” n° 27, p.14). El vínculo de Derutieres con los gitanos se da a conocer en el relato “Nuestros gitanos”. En este episodio de la saga, los detectives deben investigar el secuestro de un niño, hijo de un conocido de Amorena. Los gitanos son los principales sospechosos para Amorena, pero Derutieres convence al empresario de la inocencia de sus antiguos camaradas y lo lleva a su campamento, donde es recibido como uno más del grupo.

La convivencia con la comunidad gitana, que lo considera parte de ella, le ha conferido al detective ciertas habilidades que se manifiestan en el modo de observación que asume el personaje en algunas investigaciones. En efecto, Derutieres conjuga en sus procedimientos diversos modos de ver. Por un lado, aquel que lo liga, como marcamos, al policial clásico: el detective que “lee” las huellas del crimen en la gran ciudad (Allewyn, 1982; Frisby, 2007). Esa habilidad en la lectura de indicios lo aproxima

específicamente a la figura de Sherlock Holmes y enrola al personaje en la tradición de los detectives “descifradores de cenizas y examinadores de rastros”, desdeñados por Borges,⁷ como los de Gaboriau, Leroux o Walesis. Al igual que Lecoq, Rouletabille o L’Archiduc, Derutieres es capaz de notar aquellos indicios que conducen al develamiento del misterio. En “Un crimen científico” se plantea la muerte de un acaudalado hombre de negocios, don Pacheco Sánchez y Mármora, dueño de minas y estancias, en circunstancias extrañas, en una habitación de un hotel céntrico de Buenos Aires. En el relato se retoma el tópico clásico del cuarto cerrado: la policía ha revisado el lugar, pero no ha podido hallar nada que explique la muerte del estanciero. Consultado por el juez de instrucción, el investigador ingresa en el cuarto y hace una inspección minuciosa a la manera del detective del clásico: “Derutieres pidió una escoba y procedió a un barrido meticuloso del dormitorio, recogió con esmero los polvos reunidos por la escoba, los examinó con lupa y puso aparte cierto número de ellos” (“Un crimen científico” n° 26, p. 11). No obstante, por otro lado, ejerce un modo de observación que lo vincula con su pasado en la comunidad gitana: es capaz de percibir la resolución del misterio, más allá de la realidad empírica. Se trata de una mirada cercana a lo oracular y que se manifiesta, prácticamente, en todos los relatos. Precisamente, es la misma mirada que le permite aclarar el caso del secuestro del niño en “Nuestros gitanos”. En el cuento, el enigma se resuelve gracias a la intermediación de una sibila gitana, quien revela, en estado de trance, los datos para encontrar a la víctima y al responsable del crimen. Esta especie de pitonisa ingresa al estado hipnótico por una ceremonia en la que el humo tiene un papel central: posibilita el acceso a la visión que devela la verdad sobre los hechos ocurridos. Este ritual, que habilita el pasaje a otra dimensión del conocimiento, se traslada al mundo secularizado del detective transformado en el humo de los habanos que Derutieres fuma cada vez que debe dilucidar un caso. De esta forma, esa experiencia se transforma en un elemento clave para el acceso a la verdad y se recupera en los diversos episodios:

Antes de todo permítame pescar uno de aquellos habanos, cuya tez bronceada ejerce poderosa acción sobre mi mente. Alguna vez habrá oído hablar de faquires, quienes, mirando la superficie pulida de un espejo de cobre, ven los sucesos á gran distancia; pues, para mí, que no soy ni un conato de faquir, las espirales de humo de un buen Upman me sirven de espejo mágico, y veo en las caprichosas volutas el desarrollo de sucesos pasados, presentes y futuros con una nitidez que dejaría “bizca” á la mejor adivina de la calle San Juan. (“El misterio de Villa Satsuma” n° 13, p. 11)

Más allá del humor y la referencia paródica a la pipa de espuma de mar de Dupin o a la refinada pipa de Holmes, el habano opera como el humo en la ceremonia gitana y amplía la mirada del detective que se vuelve omnisciente —capaz de vislumbrar tanto el pasado, como el presente y el futuro— y transforma el momento de reflexión (aquel en el que el personaje recupera la historia del crimen) en una revelación. En este sentido, lejos de la personificación de la *ratio* moderna, como lo interpreta Kracauer (2010),⁸ Derutieres encarna a un detective que apela a diversos modos de

7 Borges afirma: “En algún cuento de Poe, el obstinado jefe de policía de París, empeñado en recuperar una carta, fatiga en vano los recursos de la investigación minuciosa: del taladro, de la lupa, del microscopio. El sedentario Auguste Dupin, mientras tanto, fuma y reflexiona en su gabinete de la calle Dunot. Al otro día, ya resuelto el problema, visita la casa que ha burlado el escrutinio policial. Entra, e inmediatamente da con la carta. Desde entonces, el incansable jefe de la policía de París ha tenido infinitos imitadores; el especulativo Auguste Dupin, unos pocos. Por un ‘detective razonador’ [...] hay diez descifradores de cenizas y examinadores de rastros” (Borges, 2007, IV, p. 350).

8 En su obra *La novela policial. Un tratado filosófico (Der Detektiv Roman. Ein philosophischer Traktat)*, Siegfried Kracauer entiende la novela detectivesca como el emergente de un mundo desencantado de la modernidad, en el que se han disuelto las relaciones comunitarias para ser suplantadas por relaciones societarias. De ahí que el héroe de la novela policial, el detective, se presente como la encarnación absoluta de la *ratio*: “El detective no se dirige a la *ratio*, sino que la personifica; no obedece a lo ordenado, como criatura suya, sino que es la propia *ratio* quien cumple su cometido en la no-persona del detective, porque probablemente la disminución del estado de tensión entre el mundo y aquello que lo condiciona no puede demostrarse en el plano estético de manera más dramática que mediante la identificación de la figura con el principio que se impone de manera absoluta. Así como Dios crea al hombre a su imagen, la *ratio* se crea a sí misma en las sombras abstractas del detective, el cual, en lugar de desvanecerse en ella

acceso a la verdad. Un detective que, sin desconfiar de los paradigmas científicos de la modernidad,⁹ apela a otro tipo de acceso al conocimiento que lo vincula con un campo más amplio del saber que va desde las ciencias consolidadas hasta las aproximaciones pseudocientíficas y las ciencias ocultas. En efecto, Derutieres domina tanto la química y la medicina, como la alquimia y el sonambulismo. A los saberes técnico-científicos usuales en los investigadores del policial clásico —capacidad para interpretar exámenes médicos y forenses, desciframiento de códigos encriptados, interpretaciones grafológicas, análisis de diversos componentes químicos, entre otros—¹⁰ Derutieres incorpora sus conocimientos de magnetismo, palingenesia, espiritismo y diversas pseudociencias. Esta configuración del detective dialoga con las narraciones caratuladas como fantasía científica y se inscribe, al mismo tiempo, en la tradición literaria iniciada por Holmberg.

Esa línea ya se presenta desde el primer cuento de la saga: “Las misas negras”. En este episodio, Derutieres, su ayudante y Amorena son testigos de cómo la secta del “Cirio Negro” apela al magnetismo para asesinar a uno de sus miembros, quien ha traicionado al grupo. Si bien los tres personajes presencian el episodio escondidos en una casa lindera a aquella en la que se está efectuando el proceso, solo Derutieres puede comprender lo que está sucediendo y dar una explicación detallada del fenómeno:

La cadena que formamos en este momento, se llama la cadena dinámica. Fuerzas que ustedes todavía no conocen y comparables á las fuerzas eléctricas, emanan del hombre y casi siempre inconscientemente; lo mismo que “Luciérnaga” emite luz sin saberlo, ó al menos, sin saber cómo. ¡Si un gran número de luciérnagas pudieran unirse como se unen las pilas eléctricas y á una sola voz de mando emiten la luz... ya no sería una chispita, sería un relámpago! Con el ejercicio, ustedes sabrán cómo desarrollar la fuerza *motriz exteriorizable* que todo hombre puede engendrar, y entonces serán eslabones *útiles* de nuestra cadena; hoy no pasarán de eslabones conductores de fuerza, como el hilo que lleva la corriente eléctrica pero no la engendra. ¿A dónde irá la corriente dinámica que vamos á engendrar? ¿A nuestro gran acumulador, el eslabón final de nuestra cadena al muy Sabio Pontífice!, y este “Príncipe de la Ciencia”, hará de la colosal energía acumulada un instrumento de vida ó un instrumento de muerte. (“Las misas negras” n° 6, p. 31)

La explicación, impregnada de una serie de términos provenientes del discurso de la física mecánica¹¹ (“fuerzas”, “cadena dinámica”, “pilas eléctricas”, “motriz exteriorizable”, “conductores de fuerza”, “energía”), se mezcla con el ocultismo y la magia con la intención de transformar lo sobrenatural en natural para, de esta manera, racionalizarlo y volverlo inteligible. Son estrategias que habilitan el cruce con la racionalidad del policial finisecular, pero que, en un mismo gesto, la cuestionan. Dicho cuestionamiento se evidencia en el modo en que el detective incorpora esos saberes como procedimientos para resolver los casos. De manera similar, en “La

en virtud de la misma dedicación, es desde el principio su real representante” (Kracauer, 2010, p. 75).

9 Nos referimos aquí a los dos modelos científicos que emergen y se consolidan durante el siglo XIX en Europa: el derivado de las ideas mecanicistas acuñadas a fines del siglo XVII (matemática, física, geometría y astronomía) y el de las ciencias aplicadas (medicina, biología, química).

10 El despliegue de estos saberes se reitera en varios relatos. Además del uso de la criptografía en “El lote 194”, encontramos la aplicación de la grafología en “Los encajes de la condesa”; la química en “Cómo se escribe la historia” (en la que aplica una fórmula propia para el análisis de diversas manchas de sangre) y conocimientos de tipo forense en “Un crimen científico” (relato en el que discute con dos médicos forenses sobre el resultado de una autopsia), por mencionar solo algunos ejemplos.

11 En relación a *Kalibang o los autómatas*, de Eduardo Holmberg (1879), Quereilhac remarca un procedimiento que, de alguna manera, parece retomarse en este relato de Daronel: “La lógica mecánica que rige esta fantasía no solo está en sintonía con una cosmovisión decimonónica, sino también, en particular, con el tipo de argumentos con que los espiritualismos con pretensiones científicas buscaban sostener la realidad de lo paranormal [...] Holmberg vuelve a dar forma literaria a un tópico de la imaginación de la época: concebir con lógica mecánica auténticos fenómenos híbridos entre lo natural y lo sobrenatural” (2016, p. 189).

mujer encomienda”, una mujer aparece encerrada en un baúl en las calles céntricas de Buenos Aires. Un marginal se adjudica el crimen, pero los detectives desconfían de esta versión y, por lo tanto, inician una ardua investigación. Sin embargo, la pesquisa no ofrece los resultados esperados: no pueden hallar ni a un solo testigo de lo que ha sucedido. Por lo tanto, en determinado momento, piensan en recurrir al sonambulismo y la palingenesia para obtener información:

Cuando tenemos un sujeto en estado de sonambulismo lúcido como la gitana que usted se acordará, el cuerpo astral es el que «va y viene», mientras que el cuerpo puramente material queda sentado ó acostado en compañía de los experimentadores. Bueno, suponga que en vez de estar al lado del sujeto, esté lejos y que desde acá mismo lo ponga en estado de sonambulismo, lo que es de práctica corriente, como usted sabe, entonces en vez de conversar con el cuerpo astral por intermedio del cuerpo material, conversaré directamente con el cuerpo astral, sin más intermediario que mi propio cuerpo astral, el cual á mi «material», obligará á apuntar las notas que necesitaré después de mi vuelta á la dualidad normal. (“La mujer encomienda” n° 39, p. 2)

Las referencias al “ocultismo práctico, cuerpo astral y desdoblamiento de la personalidad”,¹² como modo de acceso a la verdad, atraviesan todo el relato. Aunque, finalmente, logran identificar al criminal por los procedimientos usuales en la literatura del género (engañan al culpable, mediante una trampa, para que confiese) la alusión a estos saberes desmarca al detective de las figuras clásicas del género. No hay contradicción entre este paradigma que se propugna y el paradigma científico positivista recurrente en el policial clásico. Acorde con el imaginario de la época, todo parece estar englobado en un concepto de ciencia más amplio, propio de la cultura científica de entresiglos, en el que la ciencia se hibrida con el ocultismo. En este sentido, el ejemplo más claro de esta sutura entre lo espiritual y lo material verificado —en términos de Quereilhac (2016), tal como ocurre en la fantasía científica— se presenta en el relato ya mencionado “Un crimen científico”. Aquí, un estanciero, Sánchez y Mármora, muere en una habitación de hotel ante la vista de una serie de testigos que no pueden hacer nada para impedirlo. El juez de instrucción que lleva la causa solicita la ayuda del detective, debido a que ni la policía ni los médicos forenses pueden explicar su muerte: no se trata de una muerte natural y, aparentemente, menos aún de un suicidio u homicidio. Luego de examinar el cadáver, Derutieres llega a la conclusión de que la víctima ha sido “embalsamada en vida” debido a un procedimiento de “galvanización”.¹³ Ante la incredulidad y el asombro del juez quien señala: “Dígame, Derutieres: ¿estamos despiertos o estamos soñando?”, el detective responde:

Las dos cosas á la vez, señor. Estamos despiertos y en presencia de la más espantosa pesadilla que jamás haya concebido el cerebro humano. El hombre ha sido embalsamado en plena vida, y cuando se dió cuenta del espantoso crimen es cuando ya demasiado tarde la sangre se inmovilizaba en sus venas; el sistema nervioso se galvanizaba; las carnes se endurecían, y, hablando vulgarmente, todo su ser se cuajaba. (“Un crimen científico” n° 26, p. 14)

¹² Es en relación con esto que se mencionan los estudios en torno a la palingenesia. Derutieres realiza una síntesis de esta teoría en los siguientes términos: “Verdaderamente, se trata del gran milagro del ocultismo práctico que se enseña á todos los neófitos en los templos de la India. La palingesis (sic) consiste en tomar una planta cualquiera, encerrarla en un vaso de cristal, especie de athanor, reducirla á cenizas, y las cenizas á humo ó gas como quiera y dejarla en este estado hasta el día que le dé á usted por devolver á la planta su estado anterior” (“La mujer encomienda” n° 39, p. 2).

¹³ Más allá de que se lo denomine como tal, la noción de galvanización que se presenta aquí no se corresponde a lo que se entiende por galvanismo tal como lo ha definido el médico y fisiólogo Luigi Galvani. Según su teoría, el cerebro de los animales produce una electricidad que se transfiere por los nervios, se acumula en los músculos y al dispararse provoca el movimiento de los miembros (Capanna, 2018).

Más adelante, para demostrar su hipótesis, Derutieres repite lo sucedido a través de un experimento con ratones. El detective, a la manera del narrador de “La bolsa de huesos”, se comporta aquí como un hombre de ciencia. Pero un hombre de ciencia moldeado en torno de un imaginario en el que se mezclan las ciencias positivistas con la alquimia, el magnetismo, la magia, el espiritismo y el ocultismo. Daronel retoma y subvierte, por momentos en clave paródica, una serie de discursos que circulan tanto en la prensa masiva como en la literatura, a partir de complejas apropiaciones de terminología, argumentos, principios teóricos e incluso refiriendo a diversos científicos reconocidos del período para construir la figura de un detective que domina un espectro amplio de saberes. De esta manera, en consonancia con ciertas figuras del sabio delineadas en narraciones de esta etapa, en el detective se explicita el oxímoron espiritual-material que caracteriza la imaginación científica contemporánea. El científico deviene investigador, no a la manera del narrador de “La bolsa de huesos”, de Holmberg, sino, más bien, como la síntesis entre el científico y el mago. La novedad que aparece en estos relatos es que la clave para resolver simbólicamente esto en el mundo del policial propuesto radica en la pertenencia del personaje a dos mundos: por un lado, el de la modernidad europea y, por otro, el de la comunidad gitana. Esto es posible porque los saberes ancestrales de los gitanos se presentan en los relatos como precursores de la ciencia moderna. Su pertenencia a la comunidad le permite conocer todo el espectro de lo científico, pseudocientífico y del ocultismo; esto se explicita, respecto de la grafología, en el episodio “Un suicidio misterioso”. En el relato, cuando Amorena le pregunta a Derutieres de dónde provienen sus conocimientos en la disciplina, este responde: “Del arte gitano, de adivinación grafológica”. Luego, al ser interpelado por el empresario, quien señala que es el abate Michon a quien se le atribuye la invención de ese arte, el detective responde:

Perfectamente, por el hilo se saca el ovillo. El Quiromántico Desbarolles escribió una obra en colaboración con Juan Hipólito, la obra se llama “Los misterios de la escritura”. Juan Hipólito es simplemente el abate Michon con el seudónimo literario. Desbarolles era como Vd. sabe un *Iniciado*, (como su servidor) de las sectas «Roma y Kola», así que las revelaciones del abate Michon no tienen otro origen que la que ya les asignaba desde un principio. (“Un suicidio misterioso” n° 36, p. 52)

Derutieres es un detective que, en consonancia con la tradición del género, asume las disciplinas de las ciencias forenses propiciadas desde sus ficciones; pero, al mismo tiempo, se ha apropiado de los saberes de la comunidad gitana, que exceden los preceptos estrictamente positivistas. De esta manera, ciencia-ocultismo quedan imbricados en su figura. Años más tarde, “El crimen de la mosca azul” propondrá otras formas de conexión entre estos dos paradigmas.

4. “El crimen de la mosca azul”

“El crimen de la mosca azul. Romance científico-policial” de Enrique Richard Lavalle es otro ejemplo de relato policial que incorpora saberes pseudocientíficos para la resolución del caso. Comparte con la saga Altos y bajos fondos porteños el público masivo de las publicaciones periódicas de la época. El relato de Lavalle —que no llega a constituir una saga, pero sí tiene una extensión más prolongada de lo habitual y se subdivide en seis partes— se publicó en 1919 en *La Novela Semanal*. El disparador del relato, de hecho, alude a la popularidad de las historias de crímenes: “Noto que hace tiempo que no se produce uno de esos crímenes sensacionales que los diarios porteños explotan tan a maravilla” (Lavalle, 2015, p. 174).

Más que la crítica, común en la época, a la espectacularización del crimen, la frase sirve para introducir la posibilidad de que hasta los crímenes menos llamativos puedan ser

fascinantes: “todos los días ocurren crímenes pequeños, que no hacen ruido y son tan misteriosos como esos que magnifican esos periodistas charlatanes” (Lavalle, 2015, p. 174).

La muerte de un hombre anónimo sin marcas de ser violentado, encontrado en la Plaza San Martín de Buenos Aires, es la excusa para probar esa tesis. Así, desde el inicio, se expresa la tensión que guiará el cuento entre lo empírico y lo oculto. Sin embargo, a diferencia de lo que analizamos en la saga Altos y bajos fondos porteños, en el relato de Lavalle no se resuelve la relación conflictiva entre ciencia y espíritu presente en el plano no literario (Quereilhac, 2016). En parte, la fractura se mantiene por una construcción coral de quienes llevan adelante la investigación del crimen.

El grupo de amigos que se dispone a resolver la muerte del hombre anónimo está compuesto por Mariano Méndez, juez del crimen; Xax, un escritor de “sólida ilustración” y que se da a entender que también trabaja de periodista; Pablo Costa, el único provinciano del grupo y con habilidades camperas; Luis María Quinteros, un *bon vivant* cuya conducta le vale el apodo de “Whisky”, y José Juan Viel, otro abogado que promete convertirse en juez. A estos personajes que inician la pericia, se sumará luego el Dr. Carrel, “médico electroterapa” (Lavalle, 2015, p. 191). Cada uno de ellos tiene una perspectiva particular sobre cómo llevar a cabo la investigación. Méndez es el que advierte sobre los posibles misterios que puede esconder un crimen en apariencia intrascendente, desconfía de que las prácticas rurales sean aplicables en Buenos Aires y, continuamente, busca que intervenga la policía; Xax, basado en su saber literario, entiende que “la policía [...] es buena para correr ladrones y prender delincuentes; pero mala para develar misterios que exigen la aplicación de conocimientos muy especiales” (Lavalle, 2015, p. 174); Pablo, azuzado por Xax, ejercita sus capacidades heredadas de dos generaciones de rastreadores; Quinteros, más escéptico, piensa que las pesquisas con “conocimientos muy especiales” existen solo en la imaginación; Viel, con menor protagonismo, comparte la visión de Méndez; de hecho, cuando, ante el avance de la investigación requiere el uso de engaños para obtener datos de los sospechosos, Xax les pide a Méndez y a Viel que se mantengan al margen y aguarden por novedades. Finalmente, el Dr. Carrel aporta su particular visión profesional, lo que otorga un giro en la trama y en los modos en que este cuento se inscribe en el género policial.

La intervención del Dr. Carrel se inicia cuando se produce una segunda muerte. Nuevamente, el cadáver no tiene ninguna marca de agresión física y el médico que concurre con la policía establece que la causa de muerte fue un síncope cardíaco. Frente al diagnóstico médico avalado por la ciencia positivista, el Dr. Carrel, que se mueve en las sinuosidades de las pseudociencias, concluye que José falleció por un rayo artificial propulsado por Alex Deen, de quien sospecha el grupo de amigos como el asesino del primer hombre. “Los síntomas” —afirma Carrel— “son inconfundibles” (Lavalle, 2015, p. 190). A partir de ese momento, se introduce, como sucedía en “Las misas negras”, el primer cuento de la saga Altos y bajos fondos porteños, una serie de términos provenientes del discurso pseudocientífico, fundamentalmente de la electroterapia —“baño de sales de plomo”, “bobinas”, “ángulo de incidencia”, “tubo revestido de sales aisladoras”, “aparatos de radiotelegrafía”, “píldoras de aire”, “radioscopia”, “luminosidad violeta”, “silla de Haltz”, “silla de patas de cristal, colocada sobre una pequeña tarima” (Lavalle, 2015, p. 210)— y otros saberes del imaginario técnico como la hipnosis o la biología de seres extraños (una tercera víctima muere por los gusanos que una mosca azul introduce en su cavidad nasal, de ahí el nombre del relato).

Si en Altos y bajos fondos porteños, ciencia-ocultismo quedan imbricados en la figura de Derutieres, en el relato de Lavalle, a partir de la intervención del Dr. Carrel, se superponen tres miradas sobre el acceso a la verdad. La primera es la del paradigma científico positivista propia del policial clásico; la segunda corresponde a la del rastreador rural conformada a partir de la lectura de indicios y la destreza física; y la

última apela a las aproximaciones pseudocientíficas y las ciencias ocultas. A lo largo de este relato, la primera fracasa de manera constante: la policía no halla pistas, no necesariamente por su impericia, sino por carecer de los conocimientos suficientes; el médico forense desconoce la causa de la muerte del hombre anónimo y el médico que acude con la policía tampoco acierta con el diagnóstico en el segundo asesinato. Por el contrario, Pablo, con sus destrezas heredadas de rastreador rural, logra concluir que el hombre anónimo “ha sido traído por un auto, un hombre y una mujer lo han bajado, y tomándolo, posiblemente por debajo de los brazos, lo han depositado en este banco” (Lavalle, 2015, p. 176) y, tras seguir las huellas del auto hasta la estación de ferrocarril, el grupo logra interrogar a un guardia y consigue saber el paradero y descripción de los sospechosos. El Dr. Carrel¹⁴ aporta las causas de las tres muertes del relato, descubre que Deen, el sospechoso, es, como él, un experto en electricidad, salva al resto de los amigos de ser asesinados y se da cuenta de que la supuesta cómplice era en realidad la prometida hipnotizada de la primera víctima, el hombre anónimo, a quien, a su vez, logra resucitar.

Al final del relato, hay cierta comunión entre estas perspectivas, ya que la vía institucional es la que condena a Deen, a pesar de que las pruebas fueron recabadas por medios alternativos. Sin embargo, este momento de equilibrio no llega a compensar un cuento que tiende a desbordar incluso los límites del género. Más allá de que, como recuerda Lagmanovich (2001), la fascinación por la electricidad no es una innovación de Lavalle, sino “que ocupa su lugar en una línea rioplatense vinculada con la popularización de las ciencias a finales del siglo XIX y principios del XX” (p. 40), el tratamiento de la electroterapia en la trama, no exento de parodia, lleva a los personajes a los extremos del verosímil, como levitar en el vacío o revivir muertos.

A la tensión (en este caso no resuelta simbólicamente en la ficción) entre ciencias, pseudociencias y espiritismo, se suma la que se produce entre el género policial y el fantástico. Esta última tensión está sintetizada en la figura de Xax, quien, desde el principio, intenta contener su imaginación ante las advertencias de Méndez y las que él mismo se hace: “Si le damos intervención a la fantasía nos perderemos sin remedio” (Lavalle, 2015, p.182); “Xax, comprometido a proceder prácticamente, echó llave a su fantasía de novelista, y con cierto dolor se puso a conversar con sus compañeros el plan de ataque. Sí, a lo práctico, nada de fantasías” (Lavalle, 2015, p.183). Cuando ya entra en acción el Dr. Carrel, y luego de intentar refrenarse (“¡esto es para enloquecer al más cuerdo! —exclamó Xax—, tu afirmación es tan absurda” [Lavalle, 2015, p. 190]), no puede contenerse e insiste en el aspecto mágico de las técnicas eléctricas de Carrel, al que llama “Brujo” de manera constante. El triunfo de la fantasía se expresa en la paradójica sentencia final de Carrel: “Y como todos lo miraran deseando hacerle mil preguntas, con ese su lenguaje tan modesto y sencillo, les explicó el maravilloso fenómeno, que, dijo, como todo lo maravilloso, deja de serlo cuando se explica” (Lavalle, 2015, p. 214). Si bien la idea de la explicación racional que transforma lo sobrenatural en natural con el fin de racionalizarlo y volverlo inteligible, como vimos en “Las misas negras”, está presente en la frase, la explicación en sí se omite a los lectores. La elisión marca un quiebre en el relato: mientras que al principio de la historia, Pablo, dentro de la tradición del policial, se siente en la obligación de demostrar los hallazgos efectuados por sus habilidades de rastreador (“yo no pretendo que ustedes me crean porque sí [...]; puesto que aseguro una cosa, a mí me toca demostrarla” [Lavalle, 2015, p. 177]), al no explicitar las técnicas de Carrel, se cumple para los lectores lo que se les niega a los personajes: preservar lo maravilloso.

¹⁴ Para Horacio Campodónico, “el rastreador Pablo Costa (al frente del grupo expedicionario que recorre la ciudad) será sustituido por el Dr. Carrel, un científico que ayudará a develar el misterioso crimen” (2004, p. 128). Si bien es verdad que Carrel toma la dirección de la investigación, Costa cumple un rol activo; por ejemplo, su destreza en el cuchillo lo logra sacar del cuarto en el que, en un momento de la historia, Deen los tiene cautivos.

La nota final que cierra el relato termina de subrayar este corrimiento en las reglas del género policial. En vez de ser el relato el que clarifique el misterio, invierte la carga de la prueba y convoca a los lectores científicos, con cierta ironía, a demostrar las teorías planteadas en la ficción: “Nota: el autor se pone a disposición de todos los hombres de ciencia que quieran comprobar las teorías que sostiene” (Lavalle, 2015, p. 215).

Estos desbordes hacen, en nuestra opinión, que la crítica haya asociado el relato de Lavalle al género fantástico (Maltz, 2018),¹⁵ a desarrollos posteriores del género que lo acercan a la historieta (Setton, 2015) o, incluso, a sentenciar que “El crimen de la mosca azul”, como ficción policial, es una construcción bastante endeble (Lagmanovich, 2001).

5. Conclusiones

La cultura científica de entresiglos entabló una relación —no exenta de tensiones y conflictos— con el campo de las ideas provenientes de las pseudociencias y los espiritismos en auge durante el período. Más allá de contradicciones, entre estos paradigmas se produjeron cruces, préstamos e intercambios diversos que habilitaron la conformación de un imaginario construido en torno a las potencialidades de la ciencia.

Dicho imaginario se difundió rápidamente a través de la prensa masiva y permeó una porción importante de la producción cultural de la época. El mayor impacto, sin duda, se produjo en la literatura y se expresó a través de la fantasía científica. El policial, género surgido también a fines del siglo XIX (Setton, 2012), abrevó en este imaginario y se hibridó con la fantasía científica. El ejemplo más claro son los tres relatos policiales de Eduardo Holmberg, “La bolsa de huesos”, “La casa endiablada” y “Nelly”, que reelaboraron tópicos de este género en clave policial.

En esa tradición se inscriben las narraciones que hemos analizado: las incluidas en la serie Altos y bajos fondos porteños y el relato “El crimen de la mosca azul”. En estas ficciones reaparecen y se amplían los motivos de la fantasía científica que habían sido incorporados por Holmberg. No obstante, podemos advertir, al mismo tiempo que estas líneas de continuidad, ciertos fragmentos que instalan una zona de ambigüedad en la historia, en gran parte obtenida a través de la parodia, lo que genera dudas sobre lo narrado, incluso, por momentos, al punto de impugnar el relato. Entendemos que esto podría obedecer a dos cuestiones. Por un lado, a las tensiones que se suscitan entre ambas matrices genéricas en relación con la construcción del verosímil; y, por otro, a que dichas narraciones se escriben en una etapa en la que los discursos vinculados a las pseudociencias y el espiritismo comienzan a ser cuestionados con más fuerza.

Cabe mencionar, por último, que tomamos para nuestro trabajo un período todavía escasamente explorado del género. En este sentido, conjeturamos que la narración de Lavalle y los relatos seleccionados de Daronel no fueron los únicos ejemplos de hibridación entre el policial y la fantasía científica en las primeras décadas del siglo XX. Queda pendiente, por lo tanto, relevar con mayor exhaustividad las publicaciones contemporáneas para evaluar el alcance de estos cruces y las formas narrativas que de allí se derivaron.

¹⁵ Maltz considera, no obstante, que la aproximación al género fantástico se debe a una lectura realizada desde la contemporaneidad: “lo científico’ del relato, visto desde hoy en día, consiste en una serie de motivos que lo aproximan en mayor medida al género fantástico (más allá de los avances tecnológicos de principios del siglo XXI, ninguna ficción que presuma de un verosímil realista puede, actualmente, incluir en su trama rayos y ‘píldoras de aire’)” (Maltz, 2018, pp. 219-220).

Bibliografía citada

- » Albornoz, M. (2016). Periodistas y policías en Buenos Aires. *Sherlock Holmes. Revista Semanal Ilustrada, 1911-1913*. En D. Galeano y M. L. Bretas (Eds.), *Policías escritores, delitos impresos: Revistas policiales en América del Sur* (pp. 325-351). Diego Antonio Galeano.
- » Allewyn, R. (1982). Origen de la novela policíaca. En *Problemas y figuras. Ensayos* (pp. 205-222). Editorial Alfa.
- » Arévalo, S. (1888). *Apuntes sobre la influencia de los medios morales en el tratamiento de la histeria*. L' Italia.
- » Arlt, R. (1981). Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires. En *Obras completas*. Carlos Lohlé.
- » Bajarlía, J. J. (sel. y estudio) (1964). *Cuentos de crimen y misterio*. Jorge Álvarez.
- » Borda, G. (1886). *Maravillas del hipnotismo o estudio experimental del sueño y del sonambulismo provocado*. Stiller & Laas.
- » Borges, J. L. (2007). *Obras completas*. Emecé.
- » Caimari, L. (2018). Lecturas policiales porteñas. En R. Setton (Ed.), *Fuera de la ley. 20 cuentos policiales argentinos (1910-1940)* (pp. 47-63). Adriana Hidalgo.
- » Campodónico, R. H. (2004). Los rastros previos: a propósito de las narraciones policiales en *La Novela Semanal*. En M. Pierini (Comp.), *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927): un proyecto editorial para la ciudad moderna* (pp. 125-145). Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- » Capanna, P. (2018). Retrato de una desventura. En Capanna et al., *El monstruo de Frankenstein* (pp. 67-74). Biblioteca Nacional.
- » Daronel, P. Las misas negras. El brazo del cochero Madeiro. La religión de Satanás en Buenos Aires. *Sherlock Holmes*, n° 4 (25 de julio de 1911), 21-26; n° 5 (1 de agosto de 1911), 33-38; n° 6 (8 de agosto de 1911), 27-33.
- » Daronel, P. Los encajes de la condesa. *Sherlock Holmes*, n° 7 (15 de agosto de 1911), 13-20.
- » Daronel, P. El lote 194. *Sherlock Holmes*, n° 10 (5 de septiembre de 1911), 51-55; n° 11 (12 de septiembre de 1911), 21-24; n° 12 (19 de septiembre de 1911), 25-29.
- » Daronel, P. El misterio de Villa Satsuma. *Sherlock Holmes*, n° 13 (26 de septiembre de 1911), 9-12; n° 14 (3 de octubre de 1911), 31-36; n° 15 (10 de octubre de 1911), 25-30; n° 16 (17 de octubre de 1911), 29-35.
- » Daronel, P. Cómo se escribe la historia. *Sherlock Holmes*, n° 17 (24 de octubre de 1911), 25-28; n° 18 (31 de octubre de 1911), 31-35.
- » Daronel, P. Nuestros gitanos. *Sherlock Holmes*, n° 24 (12 de diciembre de 1911), 33-37; n° 25 (19 de diciembre de 1911), 41-46.
- » Daronel, P. Un crimen científico. *Sherlock Holmes*, n° 26 (26 de diciembre de 1911), 11-16; n° 27 (2 de enero de 1912), 57-6.
- » Daronel, P. Un suicidio misterioso. *Sherlock Holmes*, n° 36 (5 de marzo de 1912), 49-54.

- » Daronel, P. La mujer encomienda. *Sherlock Holmes*, n° 38 (18 de marzo de 1912), 4-8; n° 39 (26 de marzo de 1912), 2-4; n° 40 (2 de abril de 1912), 17-21.
- » Frisby, D. (2007). *Paisajes urbanos de la modernidad*. Universidad Nacional de Quilmes.
- » Gasparini, S. (2012). *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*. Santiago Arcos.
- » Guevara, M. (2022). ¡Estafen! y Caterva. Usos del género policial para repensar la Nación. En M. Guevara, *Juan Filloy en la década del 30* (pp. 73-120). Eduvim.
- » Guevara, M. y Vilariño, A. (2023). De Sherlock a Marlowe. Elementos del género negro en el policial argentino temprano. *Études romanes de Brno*, 44, 193-207. <https://digilib.phil.muni.cz/sites/default/files/pdf/ERB2023-2-13.pdf>
- » Holmberg, E. L. (1957). La bolsa de huesos; Nelly; La casa endiablada. En *Cuentos fantásticos* (Edición a cargo de A. Pagés Larraya, pp. 169-236; 237-304; 305-393). Hachette.
- » Holmberg, E. L. (2005). *Dos partidos en lucha*. Corregidor.
- » Jameson, F. (1989). Narraciones mágicas. Sobre el uso dialéctico de la crítica de los géneros. En *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid.
- » Kracauer, S. (2010 [1971]). *La novela policial: un tratado filosófico*. Paidós.
- » Lafforgue, J. y Rivera, J. (1977). *Asesinos de papel. Una introducción: historia, testimonios y antología de la narrativa policial en la Argentina*. Calicanto.
- » Lafforgue, J. y Rivera, J. (1996). *Asesinos de papel. Ensayos sobre narrativa policial*. Colihue.
- » Lagmanovich, D. (2001). Perfil de la narrativa policial rioplatense. *Semiosis*, 7, 46-57.
- » Lagmanovich, D. (2007). *La narrativa policial argentina*. Universität zu Köln.
- » Lavalle, E. R. (2015). El crimen de la mosca azul. Romance científico-policial. En R. Setton (Ed.), *Fuera de la ley. 20 cuentos policiales argentinos (1910-1940)* (pp. 173-215). Adriana Hidalgo.
- » Luque, E. (1886). *Hipnotismo. Sus aplicaciones prácticas*. Imprenta y Esterotipia del Courier de La Plata.
- » Maltz, H. (2018). Como un “eco-thriller científico”. A *Contracorriente*, 15(3), 211-226. <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1655>
- » Mattalía, S. (2008). *La ley y el crimen. Usos del relato policial en la narrativa argentina (1880-2000)*. Iberoamericana/Vervuert.
- » Pérez, M. L. (2016). Víctor Guillot: una aproximación temprana al policial negro. En R. Setton y G. Pignatiello (Comps.), *Crimen y pesquisa: el género policial en la Argentina, 1870-2015: literatura, cine, televisión, historieta y testimonio* (pp. 71-78). Título
- » Pierini, M. (2004). Prólogo a la *Novela Semanal* (Buenos Aires, 1917-1927); Introducción. En M. Pierini (Comp.), *La Novela Semanal* (Buenos Aires, 1917-1927): un proyecto editorial para la ciudad moderna (pp. 11-25). Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- » Pignatiello, G. (2012). *El policial campero argentino. Historia de un género* [Tesis doctoral no publicada]. Universidad de Pensilvania, Estados Unidos.

- » Ponce, N. (1997). Una poética pedagógica: Raúl Waleis, fundador de la novela policial en castellano. *Serie Estudios e Investigaciones*, 32, 7-15.
- » Ponce, N. (2001). *Diagonales del género. Estudios sobre el policial argentino*. Éditions du Temps.
- » Quereilhac, S. (2016). *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos*. Siglo XXI Editores.
- » Rodríguez Pérsico, A. (2008). *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Beatriz Viterbo Editora.
- » Sarlo, B. (1992). *La imaginación técnica*. Nueva Visión.
- » Setton, R. (2012). *Los orígenes de la narrativa policial en la Argentina: recepción y transformación de modelos genéricos alemanes, franceses e ingleses*. Iberoamericana / Vervuert.
- » Setton, R. (2013). El cuento policial en la Argentina entre 1860 y 1910. En *El candado de oro. 12 cuentos policiales argentinos (1860-1910)* (pp. 7-28). Adriana Hidalgo.
- » Setton, R. (2014a). Nelly, la tercera narración policial de Eduardo L. Holmberg. *Rilce*, 30(2), 580-594. <https://revistas.unav.edu/index.php/rilce/article/view/235>
- » Setton, R. (2014b). Hacia una caracterización del género policial argentino en la era del surgimiento del escritor profesional. *Revista de Letras* 1, 39-64.
- » Setton, R. (2015). La literatura policial argentina entre 1910 y 1940. En R. Setton (Ed.), *Fuera de la ley. 20 cuentos policiales argentinos (1910-1940)* (pp. 7-45). Adriana Hidalgo.
- » Setton, R. (2016). Polémicas y textos programáticos tempranos sobre literatura policial (1877-1942). En R. Setton y G. Pignatiello (comps.), *Crimen y pesquisa. El género policial en la Argentina (1870-2015): literatura, cine, televisión, historieta y testimonio*. (pp. 57-69). Título.
- » Vallejo, M. (2014). Buenos Aires mesmérica. Hipnosis y magnetismo en la cultura y la ciencia de la capital argentina (1870-1900). *Iberoamericana*, 14, 7-26. https://historiapolitica.com/datos/biblioteca/medicosXIX_vallejo.pdf
- » Vallejo, M. (2015). Voces del más allá: espiritistas y médicos en la cultura científica de Buenos Aires (1880-1900). *E- Boletín Psi*, 10, 20-30. https://notables-delaciencia.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/51472/CONICET_Digital_Nro.17b8b699-e86d-463d-95f5-d10413875530_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- » Vallejo, M. (2016). Telépatas porteños. La transmisión del pensamiento en la ciencia y la cultura de Buenos Aires (1880-1900). *Revista de Humanidades*, 34, 91-116. <https://www.redalyc.org/journal/3212/321249341004/html/>
- » Vilariño, A. (2020). *Sherlock Holmes en Buenos Aires. Crónica y relato policial en la revista Sherlock Holmes (1911-1913)* [Tesis de maestría no publicada]. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- » Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.
- » Yates, D. (1960). *The Argentine Detective Fiction*. [Tesis doctoral no publicada]. Universidad de Michigan, Estado Unidos.